

GENTE VIL Y SIN NOMBRE...

Patxi Lanceros. Universidad de Deusto (Bilbao)

Texto de la presentación que realizó Patxi Lanceros en el marco de la tercera edición del curso "Transformaciones. Arte y estética desde 1960"

*"Gente vil y sin nombre,
expulsada de su tierra a latigazos."
Job 30, 8 (Trad. La Casa de la Biblia)*

*"Hijos de la abyección, sí, ralea sin nombre,
echados a latigazos del país."
Job 30, 8 (Trad. Biblia de Jerulalem)*

*"Filii stultorum et ignobilium
et de terra penitus exturbati."
Job 30,8 (Vulgata)*

¿Qué pasa? Nada

¿Qué pasa entre nosotros? ¿Qué hay entre nosotros? Entre nosotros hay muchas cosas, muchas rutinas, infinidad de gestos, de contraseñas y de medias palabras; o palabras a medias que hay que pronunciar bien, con su ritmo y cadencia adecuados, aunque acaso no sepamos lo que significan: *schibboleth*. Entre nosotros hay secretos inconfesados y acaso inconfesables. Tantas cosas hay entre nosotros, tantas cosas y tantas causas que han de permanecer entre nosotros, que si *algo pasa*, entonces no pasa nada. Si pasa.

Pero –entre nosotros- si algo (algo otro, otro alguien) no pasa, si se queda, entonces, ¡ay!, sí pasa algo. Pasa que, entre nosotros, *entre nosotros* se pronuncia de otra forma, suena de otra manera, significa otra(s) cosa(s). Ya no solo supone, o encubre una intimidad, una complicidad (complicada, en cualquier caso), sino que enfrenta, o cerca, o acosa, una diferencia, un "cuerpo extraño". Aquí, entre nosotros.

Susurrado, musitado, *entre nosotros* alude a una comunidad, a una "comunidad" que, al precio de encubrir diferencias –y sin duda pequeñas y grandes desigualdades a medida que la comunidad se amplía- hace sobresalir algunos rasgos de *identidad*. Así, entre nosotros, entre tú y yo, se da (¿es un don o un dato?) una comunidad y continuidad de nacimiento y origen, de lengua, acaso de religión, tal vez de "cultura"... y de raza o etnia, de color de la piel, de proximidades biológicas. Muchos rasgos, seleccionados como pertinentes, nos señalan como pertenecientes. Y nuestra pertenencia, nuestra pertinencia, nos confiere derechos.

Pero, entre nosotros, entre tú y yo, se interpone una figura extraña, exótica, extranjera; una figura que proviene de un exterior lejano y acaso hostil. Una figura (des)calificada por mil lacras que acompañan a un solo y versátil prefijo (ex-).

Si hubiera pasado no habría pasado nada. Seguiríamos complacidos en nuestra (supuesta) comunidad. Pero no ha pasado. Y aquí va a pasar algo. Porque algo tiene que pasar cuando alguien se inter-pone: entre nosotros.

Y aquí ya “entre nosotros” puede empezar a adquirir rasgos amenazantes, rasgos de horda defensiva u ofensiva. De aquella masa que en su día analizara Elias Canetti¹. Entre nosotros está él, otro. Fácilmente se descubre que no es (un) yo, que no es (un) tú: ¿no se delata su alteridad en su mera alteración²? ¿no se delata su impertinencia en el color de la piel (aunque el color de la piel sea el nuestro, o lo imite)? ¿o en la forma de caminar, ufana o esquiva, que en cualquiera de los dos casos puede ser calificada como una provocación? ¿no es cierto que no habla *nuestro* idioma sino una jerga extraña e ininteligible -¡qué dirá!- y que cuando pretende hablar *nuestra* lengua (nunca será suya) emite un balbuceo *bárbaro*? ¿y qué decir de su religión y de su cultura, de su higiene y de sus costumbres, de las tradiciones que se le pueden suponer y de los ritos que acaso practique en secreto? ¿y qué decir de sus intenciones?

El, otro, no ha pasado. Y aquí, entre nosotros, puede pasar algo. Aquí va a pasar algo.

Extremos del nosotros, extremos del entre. Que se pueden cerrar *en* una presunta y presuntuosa comunidad clausurada, cerrada a cal y canto, molécula al respecto de la cual el “entre” sólo enuncia relaciones repetidas y rutinarias: las mismas historias y las mismas leyendas, los mismos amores y rencores, los mismos crímenes. O que se puede cerrar *sobre o contra* una presencia percibida como extraña o alógena. Y que, de hecho, es extraña y alógena³. *Nosotros* blindo entonces unas características compartidas que destacan por encima de cualquier diferencia. Y el *entre* es una partícula de detección y delación; que señala al otro, a él, al que se ha inter-puesto entre nosotros: al que ha impuesto su impertinencia, su no-pertenencia, acaso con la excusa, con la doble excusa de la necesidad (a la que volveremos): él está necesitado y nosotros lo necesitamos⁴.

Entre nosotros, entre tú y yo, se ha instalado él. Artículo determinado y realidad determinante. A menudo sin nombre, sin pronombre. El, otro.

La falsa y frecuentemente fatua intimidad del *entre nosotros* se ha quebrado. Los llamados flujos de la globalización han lanzado al mundo un contingente de inmigrantes, de emigrados, que cada día hace saltar el cómputo que pretende contenerlos. Pueblo, si se lo puede llamar así, sin procedencia común, sin residencia fija, sin leyes que lo amparen y derechos que lo protejan. Pueblo sin unidad de origen, denominación ni destino. Entre nosotros: “Gente vil y sin nombre, expulsada de su tierra a latigazos” (*Job* 30, 8).

No pasa; y aquí va a pasar algo. Y algo tiene que pasar.

El, otro.

Tú y yo, entre nosotros, estamos tranquilos y nos sentimos seguros. Incluso en nuestro tedio. También con *ellos*, con los otros tres (o tres millones, o treinta, si son de los nuestros). Pero porque ellos no son *otros*: son “yoes” y “túes” momentáneamente ausentes de la conversación. Son personas. Al fin y al cabo, presentes o no, *somos cinco amigos*. Pero el sexto, él, otro, ¿qué es? ¿es persona? Ni lo sabemos ni acaso nos importe. Pero nos incomoda. Se mete, se entro-mete.

Jamás le contaremos nuestra historia, pero él ya la sabe. Es breve, es la misma. Es *nuestra*: “Somos cinco amigos; una vez salimos uno tras otro de una casa, primero salió uno y se puso junto al portal, luego salió el segundo por la puerta o, mejor dicho, se deslizó con la

¹ Elias Canetti, *Masa y poder*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, 2002.

² Se pretende que no sea sólo un juego de palabras. Volveremos a ello.

³ Aunque extrañeza y allogénesis no sean, de hecho, extrañas a toda y a cada comunidad. Desde el principio y por principio.

⁴ Repárese en que la lógica de la necesidad es la habitual a la hora de hablar de la inmigración y de los inmigrantes. En el extremo, el “son necesarios” de la prosa oficial suele ser la ratificación del “no son queridos” de la prosa no sólo oficiosa.

ligereza de una gotita de mercurio y se colocó a escasa distancia del primero, luego el tercero, luego el cuarto, luego el quinto. Al final formábamos todos una fila. La gente se percató de nuestra presencia, nos señaló y dijo: los cinco acaban de salir de esta casa. Desde entonces vivimos juntos; sería una vida pacífica si no se inmiscuyera siempre un sexto. No nos hace nada, pero nos resulta molesto, que ya es bastante; ¿porqué se mete donde no lo llaman? No lo conocemos ni queremos acogerlo *entre nosotros*. De hecho, los cinco tampoco nos conocíamos antes ni nos conocemos ahora, a decir verdad, pero lo que *entre nosotros* cinco es posible y está tolerado no es posible ni está tolerado en el caso del sexto. Por otra parte, somos cinco y no queremos ser seis. ¿Y qué sentido podría tener esa permanente convivencia? La de nosotros cinco tampoco tiene sentido, pero ya que estamos juntos, así seguimos y no queremos una nueva unión, precisamente debido a nuestras experiencias. Ahora bien ¿Cómo dar a entender todo esto al sexto? Como las largas explicaciones equivaldrían casi aceptarlo en nuestro círculo, preferimos no explicar nada y simplemente no lo aceptamos. Por mucho que frunza los labios, lo apartamos con los codos, *pero por mucho que lo apartamos, él vuelve*⁵.

Nosotros siempre tenemos una historia parecida. *Nosotros* siempre tiene una historia parecida. Tú y yo la conocemos, la repetimos de vez en cuando adornándola con algún que otro detalle.

¿Y él? Él, se dice, es la tercera persona. Se dice cuando se habla del verbo y del pronombre, los tipos de palabras que son analizables en términos de persona. Tú y yo, además de ser nosotros, “somos” pronombres personales; y nos antepone, respectivamente, a la segunda y primera persona del verbo. ¿Y el? El es, propiamente, un artículo (determinado, masculino, singular). El, entre tú y yo, está separado de nosotros, no está y no puede estar entre nosotros. Ni de la misma forma, ni en el mismo contexto, ni, apenas, en el mismo texto. Porque el no es una persona,: “La persona -lo escribe Benveniste- no está propiamente sino en las posiciones “yo” y “tú”. La tercera persona es, en virtud de su estructura misma, la forma no personal de la flexión verbal”⁶.

Tú y yo aparecemos en situaciones –textuales y contextuales, orales y escritas- de interacción en las que el no puede aparecer. Tú y yo, puesto que somos personas, nos referimos mutuamente e intercambiamos nuestras posiciones en el discurso, pero no con él. Si él adviene (*por mucho que lo apartamos, él vuelve*), aparece objetivado, cosificado, reificado. Hablamos de él, pero no con él. Hablamos de él, otro; o decimos él como decimos el topo, o el alcornoque, o el espectro. De hecho, Benveniste de nuevo, “la “tercera persona” es la única por la cual una cosa se puede predicar verbalmente”.

Tú y yo, entre nosotros, somos relativos y correlativos. Nos hallamos en una *correlación de personalidad* de la que él está privado⁷. Él, por más que lo pretenda –y lo pretende, entrometido-, no puede entrar en relación. Tal vez no se lo prohíba Dios, pero se lo niega la gramática. Y nosotros, ya lo dijo alguien, creemos en la gramática.

Más próximo a las cosas que a las personas, él, aunque siempre vuelve, no puede hablar entre tú y yo, no puede inter-ponerse entre tú y yo. Entre nosotros. Sobre todo si es otro. Absolutamente.

El, otro. *Állos, héteros, alius, alter*. Complejo de palabras que sirven para designar, en griego y en latín, lo diferente o disímil, lo desigual, lo distinto o desemejante, lo dispar. Para señalar a ese otro, justamente remarcando el “hecho diferencial”. Pero esa designación es ya

⁵ Franz Kafka, “Escritos póstumos” en: *Obras completas III. Narraciones y otros escritos*, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2003, pp. 742 s. El texto, sin título, se conoce, gracias al bautismo de Max Brod, como *Comunidad*. La cursiva es mía (P.L.)

⁶ Émile Benveniste: “Structure des relations de personne dans le verbe” en: *Problèmes de linguistique générale, 1*, Gallimard, Paris, 1976 (2002), p. 230. Véase, también, en el mismo volumen: “La nature des pronoms”, pp. 251-257.

⁷ Benveniste, op. cit. pp. 230 s.

una evaluación, una devaluación: la disparidad es un disparate, la diversidad una adversidad y su portador un adversario.

Állos señala al/lo diferente. Pero también significa malo, errado, falso: como *alius*, su derivación latina. *Héteros* se utiliza como eufemismo de desgraciado o funesto, adverso, malo. Festo informa de que en la lengua de los augures el término *alter* no sólo remite a la diferencia, sino que también –y quizá sobre todo- admite un uso eufemístico en el que la acepción es, de nuevo, desfavorable o funesto. Así, *altera avis*, no designa simplemente “a la otra”, sino, precisamente, al ave “de mal agüero”, a aquella cuyos augurios o presagios son desfavorables, infaustos. O lo que no es. Lo que (a)parece:

“-Extranjero (eléata): ¿Otro lo dices de una cosa que es verdadera, o en qué sentido aplicas tal término? (Héteron dè légeis toioúton alethinón, e epì tini tò toióntón eípeis).

-Teeteto: No es cosa que exista en verdad, pero se parece (Oudanós alethinón ge, all’eoikos men)”.⁸

Otro –esa cosa, esa no cosa, esa apariencia, esa aparición- pasea, entre nosotros, su extraña fisonomía, y esas incomprensibles maneras de hablar y de actuar. Su llegada ya no fue un buen augurio; ya presagiaba que iba a pasar algo. Por eso queremos, nosotros, mantenerlo apartado. *Pero por mucho que lo apartamos, él vuelve*. El, otro. Más próximo a las cosas, él no tiene sitio entre las personas, tú y yo. Ave de mal agüero, otro no tiene sitio. Entre nosotros. Y va a pasar algo. Aquí va a pasar algo.

Áporos

¿Y qué puede pasar? ¿Y quién puede pasar? Para poder pasar, para poder atravesar u horadar, para poder ir allá, más allá, y no sólo emprender el camino sino alcanzar una meta, es preciso encontrar el paso, el puente o el vado, el poro en la frontera, en la verja o en la valla. Y es preciso tener recursos, tener medios.

Rico verbo (*peíro*) y riquísimo verso: el 360 de la tragedia *Antígona*, de Sófocles.

Vamos al primero. Para poder pasar; por el segundo. El verbo *peíro* (inf. *peíraí*) quiere y puede tener el sentido de horadar, abrir, atravesar. Hay una cierta violencia en el verbo, hay una cierta violencia en la acción o las acciones a las que se asocia, ya desde la epopeya. Se abre una herida, que puede traspasar un cuerpo. Se abren caminos. Se buscan, y acaso se encuentran, pasos para atravesar montañas, o desiertos. Con insistencia y sin sorpresa, en los vigorosos hexámetros homéricos -y, lo sabemos, no sólo en ellos-, se atraviesa valientemente el mar (*Od.* II, 434; VIII, 183...).

Procede el verbo –según la informada investigación de Pokorny, Benveniste o Chantraine, entre otros⁹- de la raíz indoeuropea **per-*, que tiene el sentido de “entrar en, penetrar”. Entrada o penetración, travesía, que exige (o proporciona) *experiencia* y supone *peligro*, que dota de *pericia* a base de tentativas tal vez reiteradas. De hecho, en el idioma griego, junto al verbo *peíro* se encuentra la palabra *peíra* (experiencia o experimento, ensayo, tentativa). De ellas provienen las voces que en nuestro idioma dicen esas cosas: experiencia o pericia, y perito; y también pirata. Y la que dice peligro (a través del latín *periculum* –prueba).

En algunos casos todo es prueba, todo es experimento (*peíra*, *periculum*). En algunos casos todo es peligro. Y queda, tal vez, el consuelo de otros versos célebres: “Pero donde hay

⁸ Platón, *Sofista* 240 a. (La negrita es mía P.L.). Se explora e el diálogo todo el vocabulario –significante y significado- de la imagen, la mentira, la apariencia, el engaño, el no ser... Habría que leer, se dice, , *entre nosotros*, el diálogo completo. O, tal vez, lo veremos, *no hace falta*. Algo se dirá, al final, del final. *Sin falta*.

⁹ Véase tan sólo Pierre Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, Klincksieck, Paris, 1999, *sub voce*.

peligro, crece también lo que salva”¹⁰. Pero (*aber*); también (*auch*). En algunos casos sólo hay prueba, sólo hay peligro.

¿Quién puede pasar? ¿Y qué pasa, si pasa? Pasa el que halla el camino o la senda, el vado o el puente, el que localiza la travesía, el estrecho poro o el surco adecuado (*póros*). El que en la prueba, tal vez a vida o muerte, acierta a encontrar la vía. Pasa el que tiene recursos, medios (*póros*): o quizá, no se resolverá aquí la duda, alcanza esos recursos o medios, esos ingresos, esas rentas tal vez anheladas, el que pasa.

Él, otro, sin paso y sin recursos, sin medios y sin caminos –sin papeles, se podría decir para resumir prosaica y económicamente todo ese complejo- condenado a la *enrancia*, a la *vagancia*, a la *extra-vagancia*, es múltiplemente *áporos*; aporía radical y extrema que adopta formas diversas: detenido y retenido para ser propulsado y expulsado, acogido para ser rechazado, regla de todas las excepciones y excepción de todas las reglas.

El espacio del *áporos*, el espacio sin sitio ni lugar de la aporía, esclarece, por oscurecimiento, su condición. Bien el ancho mar, o el desierto: donde escasean medios y recursos, donde los caminos o sendas no se encuentran quizá porque su número, indefinido, tiende a infinito; bien la cárcel, el campo vallado y segregado, protegido, lugar “sagrado” en el que no hay ni recurso ni camino. También cuando el campo es la ciudad, cuando es gueto.

Se sabe que “hay otro(s)”. Pero *entre nosotros* la aporía no tiene lugar. Y si lo usurpa, ese no es su sitio. Quizá sí al lado: al fin y al cabo en determinadas circunstancias –o en casi todas- es necesaria una cierta cantidad de aporía, un colectivo humano escaso de recursos, ayuno de medios, con caminos obturados y tránsitos difíciles. Ahí, al lado. Aporía en convivencia y connivencia con una condición social menoscabada, con una condición de ciudadanía que se discute o se difiere, o que se niega, precisamente, debido a la aporía: *áporos*, *ápolis*.

El primer estásimo de la enorme tragedia *Antígona*, de Sófocles, no es ciertamente, una reflexión poética al respecto de la alteridad, no es una “puesta en escena” de la suerte o desgracia de alteración que aquí interesa o incumbe. Sí de otras. Esa vigorosa composición que comienza enunciando que hay muchas cosas formidables –o pavorosas, o terribles, como quieren ciertas traducciones- (*pollà tà deinà*), pero ninguna como el hombre, que sería “lo más formidable” (*tò deinótaton*), ha provocado mil interpretaciones.

Importa ensayar (de *peíra* se trata) otra, intempestiva, pero acaso no del todo fuera de lugar. El verso 360 de esa tragedia formidable –pavorosa, terrible- establece una violenta oposición entre las palabras *pantóporos* / *áporos*; en la siguiente estrofa del canto y sólo diez versos después, en el 370, Sófocles fuerza una similar tensión entre las palabras *hypsipolis* / *ápolis*. Es la condición humana la concernida: es decir, la condición “lógica” y “política”, la condición griega. No se trata del otro. Nunca se trata del otro. Pero ¿en el juego de asimetrías y simetrías, de oposiciones y continuidades que se pueden delinear entre las cuatro palabras señaladas en los versos 360 y 370 del canto, de la tragedia, –y que no es ni preciso ni posible estudiar minuciosamente aquí- no hay una instrucción de largo alcance, de profundidad acaso insondable, tal vez difer(i)ente, sobre ciertas condiciones de la aporía?

La plenitud de recursos, la *pantoporía*, está en continuidad (*al menos* formal, poética) con la aquiescencia “moral”, con la sumisión a las normas y a la justicia (de la tierra y de los dioses, respectivamente) que garantiza un estatuto de excelencia política, de ciudadanía ejemplar (*hyper* o *hypsipolítica*). La *aporía*, esa carencia de recursos o salidas que, verso 360, el humano exhibe, humilde o humillado, ante la muerte, se percibe en continuidad, de nuevo, con la condición *apolítica*¹¹. Es la condición apolítica, la que se describe –y creo que no por

¹⁰ “Wo aber Gefahr ist, wächst
Das Rettende auch”.

Los versos pertenecen, como es de sobra conocido, al comienzo del poema de F. Hölderlin titulado *Patmos*.

¹¹ Obviamente la condición política, o hiperpolítica, no remedia la aporía final del individuo. Pero suma y sume al individuo en la corriente continua, verdadera fuerza colectiva, más que eléctrica, de super-vivencia. En esas

casualidad- al final del canto, la que sanciona la aporía extrema: aporía de la humana condición, evidentemente; pero aporía que no encuentra remedio allí donde debería haberlo hallado: en la ciudad. Algunos personajes de la tragedia, se sabe, serán paradigma, para siempre, de esa doble-y-única condición: *ápolis, áporos*.

Aquí, entre nosotros, la aporía no tiene lugar, no tiene sitio. *Ápolis*. El que ha intentado y ensayado, el que ha pasado para no pasar, para (intentar) quedarse, puede sumar a la carencia de caminos la carencia de medios y recursos. *Áporos*. En su condición diferente, en su condición diferida, el, otro habitará, preferentemente, el margen, el extremo de la prueba permanente, del peligro. *Ápolis, áporos*.

Éxito (Áporos II)

¿Qué sucede cuando el *éxito* está casi asegurado, pero cuando, como *funesta* o sarcástica contrapartida, sólo está asegurado el *éxito*? ¿Qué sucede cuando el *éxito* es no sólo la única garantía sino la fuente, a la vez, de todas las esperanzas y de todos los miedos, o de un terror pánico?

Es más, el artículo 13 (número siniestro para supersticiosos, y en algo hay que creer) de la inocua Declaración Universal de los Derechos Humanos casi garantiza “legalmente” el *éxito* en su apartado 2: “Toda persona tiene derecho a *salir* de *cualquier* país, incluso el propio, y a regresar a *su* país”¹². Claro que el apartado 1 del mismo artículo –tenía que ser el 13- es una broma de dudoso gusto: “Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de *un* Estado”. Ciertamente no dice de *cualquier* Estado. Tampoco se trata, en serio, de entrar, competencia exclusiva de los Estados. Sólo se trata de *éxito*.

Pero es que a nosotros, entre nosotros, a ti y a mí, se nos supone el Estado y un estado. A él, otro (en tanto que otro) sólo se le garantiza *éxito*. Lo otro, al otro, se le hurta. No es su derecho. ¿Circular libremente? Sólo hasta llegar a las aguas jurisdiccionales, o a la costa, a determinada sala del aeropuerto o a la frontera; ¿elegir su residencia en el territorio de un Estado? Sin duda: pero no del mío, no del tuyo, no del nuestro. Del suyo sí, *casi* obviamente. O del de *otro*.

El *éxito* no es, necesariamente, la otra cara, o lo contrario, del fracaso. Puede que sea incluso el comienzo del fracaso; o su consecuencia más inmediata.

De *exeo* -de *ex ire*- (salir, ir fuera), el *éxito* (*exitus*) es la salida. También es el resultado. Y de ahí, del resultado afortunado o feliz, el significado de *éxito* en castellano. Pero conviene retener el sentido primero, que se conserva en otras lenguas¹³. En primer lugar, porque, desde una perspectiva más radicalmente antropológica, incluso ontológica, -que no va a ser prolongada aquí- al humano se le promete, finalmente, *éxito*: *exitus vitae*, una de las formas de decir muerte (salida y resultado). En segundo lugar porque alguno, u otro, vive en el *éxito* permanente; y acaso *muere de éxito*.

Porque, entre nosotros, para ser otro hay que salir. Para ser otro *entre nosotros* hay que salir. *Hay que. Salir*.

El otro entre nosotros, ese otro, no mienta, o no sólo, la alteridad que se podría analizar en clave poética, con la ayuda, por ejemplo, de Rimbaud, o de Pessoa; tampoco la que una cierta filosofía supone como “dotación natural” del humano o la que reclama asistencia teológica.

condiciones el *ápolis* -la tragedia ática, no sólo *Antígona*, lo muestra de forma excelente e insistente- es radical y extremadamente *áporos*. En todos los sentidos que este último término tiene para el griego, y no sólo para el griego.

¹² La cursiva es mía (P.L.).

¹³ *Exit*, se lee en numerosas puertas. Y no sospechamos que atravesarlas nos depare especial recompensa o aclamación.

En este nivel de interpretación hay que empezar por postular que uno no es otro, que uno no nace otro. Que uno es otro, precisamente, a consecuencia del *éxito*. Aquí, entre nosotros. Que su alteridad es consecuencia de una alteración.

Uno es uno, uno nace uno (con todas las reservas que a tan osada proposición pudieran oponerse desde el psicoanálisis, la mitología comparada y las vastas literaturas). Uno nace uno...de tantos; que habitan un lugar, que, por ello, comparten hábitos y se comportan como habitantes, que cursan sus rutinas y llenan su tiempo con labores, afanes, amores, fantasías y crímenes...habituales. Si el ecosistema no se altera, si el sistema económico, ecológico, político, cultural...etc, se mantiene, digamos, en equilibrio, uno no se convierte en otro. A lo sumo, como tú y yo, como nosotros pero no entre nosotros, sobrellevará, consciente o inconscientemente, alienaciones o enajenaciones de diversa índole y variada procedencia. Pero no será investido con una alteridad añadida, cuyo valor será preciso estimar, que sólo sobreviene con el *éxito*.

Pero hay que salir. Si *quiebran* las condiciones necesarias para la supervivencia, para la vida digna, o para la mera vida, si esas condiciones se *destrozan* como consecuencia de operaciones y movimientos endógenos y/o exógenos, entonces es preciso salir.

Al comienzo y como causa del *éxito*, el *fracaso*. Al final, tal vez el *fracaso*, tal vez el *naufragio*. Y entre uno y otro, de principio a fin, la aporía: *áporos*, sin medios, ni recursos, sin caminos que aseguren entrada o meta. Sólo *éxito*. Y hay que salir.

Hay violencia incontenible e indisimulable en el verbo latino *quassare*: golpear, sacudir sin descanso, destrozar, romper. De allí, de esa voz, proviene, con la misma violencia, *fracasar*: romper ruidosamente, con estrépito. Pero también, naufragar una nave. Al comienzo, el *fracaso*. Al fin ¿el naufragio? ¿también, otra vez, el *fracaso*?

Hay que salir. El *éxito*, al menos, está garantizado, está asegurado. Y amenaza la aporía¹⁴.

El *fracaso* impulsa al *éxito*. El fracaso, el destrozamiento de las condiciones de vida, por motivos económicos, políticos, ecológicos, culturales, es un eficaz mecanismo de propulsión que moviliza individuos, grupos: que los lleva al *éxito* masivo. Con todas las garantías legales. El *éxito*, se sabe, está protegido por la ley. Es un derecho humano.

Y el *éxito* cambia la vida. O mejor y literalmente, *el éxito altera*. De uno hace otro. De uno de tantos hace otro...de tantos. Otro entre otros y otro entre nosotros. Pues si tras el *éxito* ha habido una cierta fortuna, una cierta suerte, y se ha esquivado el naufragio, si uno ingresa, por fin, legal o ilegalmente, *entre nosotros*, ya no es uno, ya no es sólo uno, tal vez ya no es ni uno. Magia y alquimia del *éxito*: es otro.

Tú y yo, entre nosotros, sabemos que somos nosotros, pertenecientes y pertinentes, *casi idénticos*. Miles de discursos, de sesgo cada vez más paranoico, nos lo recuerdan a cada paso y en cada circunstancia. Y eso que nosotros, por fortuna, no hemos salido: o hemos salido con fortuna. Nuestra (mayor o menor) fortuna con o sin *éxito* nos asegura en nuestra "identidad". Y, entre nosotros, *otro* está marcado, desde siempre y para siempre (en tanto que otro) por el signo del *éxito*.

Como no uno (de los nuestros), como otro, es hijo del *fracaso*, es hijo del *éxito*. Como no uno, como otro, el *fracaso*, pero, aún más, el *éxito*, rondarán su ex-posición, su ex-sistencia. Y cuando alguna quiebra de ciertas condiciones del sistema amenace, cuando algún fracaso se augure o meramente se asegure, siempre habrá una invitación, una incitación, cursada al otro: *EXIT*.

¹⁴ Es cierto que, si todo *éxito* altera, hay diversas modalidades de *éxito*, de alteración y de alteridad. Y no todas están precedidas por el fracaso ni escoltadas por la aporía. Plenitud de medios y recursos, de caminos y pasos, auguran fortuna a la aventura de algún explorador o del conquistador, de ciertos mercaderes. Tanto antaño como hogaño, en los diversos tiempos y con los diversos modos de las varias globalizaciones, el *éxito* premia el esfuerzo, audaz, del emprendedor *pantóporos*. Allí donde va, otro. Y casi siempre, uno de los nuestros. Otra cuestión.

Nosotros mismos, siempre los mismos.

La instrucción es antigua, venerable. Está fuera de toda sospecha: nada hay que sospechar cuando se pone en evidencia el culto al nosotros mismos, siempre los mismos. Nosotros, tan griegos, por supuesto. O, simplemente, por ejemplo. Pero el ejemplo está sustentado por los más eminentes testimonios. No hay espacio ni tiempo, no hay ganas, de recorrerlos todos. Tantas especulaciones filosóficas, tantas argumentaciones lógicas, tantos mitos que simulan historias, tantas historias que recubren mitos. Todos los órdenes del discurso se dan cita, se con-funden, se enroscan y se anudan en torno a esa palabra, *nosotros*, y a lo que esa palabra contrae y conlleva; y a lo que esa palabra expulsa o rechaza, o teme, o aborrece.

Entre nosotros, nosotros es la evidencia que ni necesita ni obtiene demostración. Sí una fe incondicional adherida a un relato que se modula en múltiples registros, que se adapta a diversos propósitos; adherida a y dependiente de una retórica que construye los núcleos fuertes de ese mismo relato, sus metáforas centrales, sus episodios más eficaces: autoctonía, continuidad, igualdad, pureza... Todo lo que somos, entre tú y yo, se debe, lo sabemos, a que nosotros arraigamos, sin mezcla, sin discontinuidad, sin desmayo, en esta tierra, que es la de nuestros ancestros. Todo lo que somos, también nuestra democracia y nuestra prosperidad, nuestra igualdad: todo aquello por lo que nos admiran o por lo que nos envidian. Todo aquello por lo que viene él, otro, y otro...ellos, que algún día, quizá –con dificultades en cualquier caso– podrán ser españoles, o franceses, alemanes, por ley, pero seguirán siendo bárbaros por naturaleza. Pido disculpas: tendría que haber hablado Platón, o la voz que habla a través del *Menéxeno*.

Y habla Platón. Y no sólo Platón. No habla él, otro, porque él, otro nunca habla, o apenas se le entiende y nunca se le atiende. Hablan *los nuestros*. No exhaustivamente, pero no al azar, unos pocos¹⁵:

“En todo caso Ática, por más lejos que nos remontemos, debió a su aridez el ignorar las rivalidades internas, y sus habitantes siguieron siendo *siempre los mismos*.” Herodoto *Historias* I,2,5.

“Nuestro suelo, siendo *siempre los mismos* quienes lo habitamos generación tras generación, nos ha sido transmitido hasta este día por mérito de nuestros ancestros.” Tucídides, *La guerra del Peloponeso*, II, 36,1.

“Primer fundamento de su noble linaje es la procedencia de sus antepasados, que no era foránea ni hacía de sus descendientes unos *metecos* en el país al que habían venido desde otro lugar, sino que eran *autóctonos* y habitaban y vivían realmente en una patria, criados no como los otros por una madrastra, sino por la tierra madre en la que habitaban, y ahora, después de muertos, yacen en los lugares familiares de las que los dio a luz, los crió y los acogió”. Platón, *Menéxeno*, 237 b.

“La causa de este sistema político nuestro es la *igualdad de nacimiento*. Porque otras ciudades están integradas por hombres de toda condición y de *procedencia desigual*, de suerte que son también desiguales en sus formas de gobierno, tiranías y oligarquías(...). Nosotros en cambio, y nuestros hermanos, nacidos todos de una sola madre, no nos consideramos esclavos ni amos los unos de los otros, sino que la *igualdad de nacimiento según naturaleza* nos obliga a buscar una igualdad política de acuerdo con la ley y a no hacernos concesiones los unos a los otros por ningún otro motivo que por la estimación de la virtud y de la sensatez.” Platón, *Menéxeno*, 238 c-239 a.

¹⁵ Todas las cursivas serán mías (P.L.).

“Así es en verdad de segura y sana la generosidad y la independencia de nuestra ciudad, *hostil por naturaleza al bárbaro, porque somos griegos puros y sin mezcla de bárbaros*. Pues no habitan con nosotros ni Pelops ni Cadmos ni Egiptos o Dánaos, ni tantos otros que son *bárbaros por naturaleza y griegos por ley*, sino que habitamos nosotros mismos, griegos y no semibárbaros, de donde *el odio puro a la gente extranjera*¹⁶ *de que está imbuida nuestra ciudad*.” Platón, *Menéxeno*, 245 c-d.

“El origen de nuestra existencia se funda en el derecho; nuestros ancestros no eran, como la mayoría de las naciones, un conjunto de pueblos de cualquier procedencia; no tuvieron necesidad, para habitar la tierra de otro, de expulsar de allí a sus ocupantes; sino que, *autóctonos*, adquirieron en un solo instante una madre y un padre.” Lisias, *Epitafios* 17.

No es cuestión aquí, por las características de este ensayo, de abundar en las particularidades de los textos, alguno de los cuales es no sólo profesional y vocacionalmente irónico sino decididamente paródico en su concepción e hiperbólico en su composición: el *Menéxeno*. Lo cierto es que un espectro recorrió las letras áticas como otrora un espectro recorrió Europa: el espectro del otro, del bárbaro, del extranjero. Si el espectro que antaño recorrió Europa movilizó ciertas fuerzas, el espectro griego dinamizó el fantasma del nosotros: los mismos, siempre los mismos.

Si el espectro y el fantasma fueran cuestión griega, el reclamo y el repaso de los textos, de esos y de muchos otros, no pasaría de ser un interesante o curioso ejercicio erudito. Pero, *entre nosotros* –los mismos, siempre los mismos-, entre tú y yo, él, otro, sigue siendo la presencia siempre espectral, *bárbara*, que despierta al fantasma. Al fantasma *idiota*.

Llega él, otro; llegan otros que violentan con su mera presencia lo nuestro, lo común, lo propio: nuestras costumbres y nuestras normas, nuestra moral: contra ellos, además de todo un dispositivo legal (y policial, y judicial), además de todo un dispositivo de segregación económica y socialmente dispuesto, se alza la voz del fantasma, porque el fantasma, como casi todos, es locuaz, es incontinente. *El fantasma comunitario (e inmunitario), el fantasma auto-nómico y auto-crático, el fantasma automático, el fantasma idiota*. Muy griego en su dialecto, en el sonido de las escasas palabras que pronuncia –eso sí, con violencia-, el fantasma habla de lo común y de la comunidad (*koiné*), habla de lo mismo (*autós*), de lo propio (*ídios*). Habla, sin cesar y con saña, contra la intrusión, contra el intruso, contra el entro-metido. Desde hace mucho tiempo, como se ve.

Y sólo habla el fantasma. El espectro no habla, o apenas habla, o no se le entiende. *Bárbaro* es una designación de incompetencia lingüística, de incapacidad lógica y comunicativa, que infantiliza al otro, a los otros: que no dicen, que balbucean, *bar-bar*, como el niño, *in-fans*, dice ma-má, pa-pá, ca-ca, ba-ba, ta-ta...¹⁷. El mismo juego de consonantes oclusivas, sonoras y sordas, (que todos aprendimos: petaca, bodega) con la vocal más abierta; y, en el caso del *bárbaro*, con la consonante vibrante alveolar múltiple, confusiva y confusora. El mismo desamparo, el mismo grado cero del *lógos*. Con una gran diferencia: el niño pertenece(rá) a lo común, a lo mismo, a lo propio. Es cachorro de fantasma y no remedo de espectro.

Como el espectro no habla, como sólo barbarea o barbariza, el fantasma comunitario, el fantasma automático, el fantasma idiota, habla por los dos. Y construye un discurso *hetero-lógico* opuesto y subordinado a un discurso *idio-lógico*. La verdad del otro dicha por el mismo y subordinada, sometida, al fantasma de lo común, al fantasma de lo propio, al fantasma idiota.

O el fantasma que dice que el, otro, siempre será otro entre nosotros. Entre nosotros, los mismos, siempre los mismos.

¹⁶ El odio puro a la “naturaleza del otro” (*allotría physis*), escribe literalmente Platón.

¹⁷ O como del anciano decimos, con menos respeto que en otros tiempos y otras culturas, “está *ga-ga*”.

Fronteras

Desaparecen, se dice, las fronteras. Un cierto discurso deudor de una (in)cierta posmodernidad constata, feliz, el borramiento de esas líneas incómodas que antaño, todavía no hace mucho, dificultaban el tránsito de personas y de mercancías, de capitales, de ideas. Desaparecen, se dice, los obstáculos a la comunicación en la sociedad que lleva su nombre. Una sociedad, la de la comunicación, que tiene, entre otras características, la de la globalidad, la de la dimensión planetaria como su próximo futuro o su último destino. Para esa sociedad, las fronteras, *restos o reliquias*, de otra edad, son, se dice, un incómodo adversario. O una incómoda superstición.

También se dice –incluso se escribe– que las fronteras (aun en su postrer desmayo y en su desaparición tienen efectos, pero, esta vez, singular o pluralmente positivos) son lugares¹⁸ de *mezcla, intercambio e hibridación*. Ya no fosos o barreras que interrumpen, ya no obstáculos que protegen sino, bien al contrario, espacios para la expresión de la diferencia, para la relación entre alteridades y la consecución de toda suerte de hibridación y mestizaje.

Y es cierto que, por doquier, organizaciones de toda índole –expertas en traspasar límites– se proclaman, paradójicamente, *sin fronteras*: desde médicos hasta payasos. Más éxito (a la hora de burlar las –inexistentes– fronteras) tienen otras organizaciones que, sin proclamas, operan efectiva y eficazmente a nivel global: traficantes sin fronteras que no reclaman ese nombre y financieros sin fronteras que reclaman (y reciben) cualquier cosa.

Nosotros nos hemos enterado, sí, de que ha habido un cierto cambio (tal vez no un cambio cierto) en la *institución de la frontera*: esa institución que, como tal, es relativamente reciente –no anterior a la modernidad europea y más bien tardía en la propia modernidad–; y artefacto histórico, en cualquier caso. Nos hemos enterado –lo dice incluso la prensa– de que ese artefacto ha desmontado alguna de sus instalaciones, en algunos lugares, en virtud de algunos tratados que tienen nombre preferentemente holandés. Parece que a eso se llama “desaparición de las fronteras”. Nos hemos enterado de que en otros lugares, y en virtud de tratados *que no tienen nombre* se alzan vallas y verjas que multiplican su altura, su anchura, todas sus dimensiones. Y de que en esos lugares se ejerce un riguroso control, un riguroso rechazo. A eso, tampoco se le encuentra denominación. *Tampoco tiene nombre*.

El, otro, no se ha percatado. No ha entendido bien el discurso de la desaparición de las fronteras (como no suele entender bien el de la hibridación, o el del mestizaje). En su búsqueda de caminos, de entradas o salidas, de metas o recursos (*póros*) lo único que suele encontrar son, precisamente, fronteras. Fuertemente protegidas, blindadas. Fronteras que no sólo se alzan sin desmayo sino que se multiplican, que no están sólo donde deberían estar, donde marcan los mapas, sino en todos los sitios a donde él va, para recordarle o para sancionar su condición: *áporos*.

Quizá él no sepa lo que tú y yo, entre nosotros, sabemos: *el, otro, es la frontera*. El, otro, no lo sabe. Pero es así. Entre tú yo, entre nosotros, el, otro, es la frontera. Y es el margen. Y todo lo que ello significa y sugiere. Todo menos desaparición. Todo menos hibridación.

Desde que sale y en virtud, precisamente, del *éxito*, él –ya otro– lleva la frontera incorporada. Como frontera se le buscará incluso en el mar, o en la playa, o en cualquier lugar. Siempre podrá ser requerido, retenido o detenido. Frecuentemente estará bajo vigilancia. Y permanentemente bajo sospecha.

¹⁸ O no-lugares: con-descendamos, también nosotros, con (o a) los usos de los tiempos.

El, otro, no ha *pasado* la frontera –la de alambre de espino, la de valla metálica o dispositivo eléctrico, la que mantiene y (pos)moderniza un medieval foso...- sino que la ha incorporado hasta hacerse uno con ella, hasta hacerse *otro* con ella.

Nosotros los sabemos, por experiencia: *ex-perientia*. No por experiencia propia. Nosotros, entre tú y yo, no hemos intentado, no hemos arriesgado. Pero sabemos por la experiencia del otro que las fronteras se han multiplicado por miles, por millones; que frente a lo que se dice –e incluso se escribe- no desaparecen, sino que se montan y se desmontan en cada calle de forma instantánea, de forma aleatoria. Sabemos, nosotros, que cada policía, independientemente del cuerpo al que pertenezca, es un agente de fronteras: que esa competencia se ha generalizado.

Porque al pasar hay algo que no se pasa, hay algo que él, otro, no pasa: la frontera. *Pasa* lo de siempre y siempre *pasa* lo mismo. *Pasan* los de siempre. *Pasa lo que tiene que pasar*. Y es que para algunos (entre nosotros, tal vez para ti y para mí) la frontera es una institución más o menos incómoda; para él, otro, es un *sacramento*: que imprime carácter.

A él, otro, el *éxito* le ha empujado a la frontera: a la experiencia y al peligro de la frontera, de ser rechazado y expulsado por ella, en primer lugar; a la experiencia y al peligro de *ser* frontera, en segundo lugar. Ser frontera y margen permanentemente vigilado, bajo sospecha, ser esa esquina o quicio en el que nuestra experiencia social y cultural, la nuestra, nuestra pureza, se arriesga al peligro y se enfrenta a él, o amenaza, pensamos, con desquiciarse. Y nosotros, tú y yo, recordamos, porque algo hemos leído, las concisas páginas que Mary Douglas dedicó a márgenes y fronteras: tal vez a nuestra pureza y a su peligro.¹⁹

Su *peligro* que es su *experiencia*, su *éxito*, su *ser-aquí*. Su alteridad imborrable que hace de él, otro, límite y frontera. Y, como sucede siempre en la frontera, ocasión de afrontamiento y confrontación.

Porque, entre nosotros, él, otro, es el trazo o signo desigual, acaso funesto, interpuesto en nuestro bien ordenado discurso, en nuestra oración bien aprendida. ¿Cómo interpretarlo?

No sabemos. Sólo sabemos, tú y yo, que ahora hay fronteras por doquier. Fronteras móviles, in-quietas e in-quietantes. Hay que castigar. Después vigilarémos. Si no, va a pasar algo

El cuerpo del delito

El, otro, ronda, se sabe, el territorio del delito, el yermo de la falta. Y, si no hiciera falta, si no *nos* hiciera falta ¿cómo soportaríamos aquí, entre nosotros, su presencia? ¿cómo justificaríamos aquí, entre nosotros, su expulsión? Pero nos hace falta. Y, como nos hace falta, lo *toleramos*; así somos, nosotros. Pero nos hace falta. Y, cuando nos hace falta, es decir, cuando no nos hace falta, como nos falta, lo expulsamos; así es él, otro.

La cuestión es la falta, la falta múltiple, la cuestión es la necesidad, también diversa y enmarañada. La cuestión es la *deficiencia* y la *delincuencia*. El delito, el *cuerpo del delito*. El, otro. La cuestión es, también o sobre todo, de abandono, incluso de ese abandono extremo que lleva a abandonar la existencia, a morir: allí, donde y cuando uno es uno de tantos; o aquí, *entre nosotros*, donde, tras el *éxito*, uno es *otro*, él.

Lejana raíz –muchas ramas, extraños frutos- el verbo latino *linquo* (*linquere*) tiene el sentido de dejar algo o dejar a alguien, de dejarlo donde está, de abandonarlo o de hacer caso omiso. En el extremo –y en ciertos casos el extremo no es extraño, no es excepcional- el abandono es el abandono de la vida, llega hasta el abandono de la vida. Uno, otro, es

¹⁹ Mary Douglas: *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Siglo XXI, Madrid, 1991, pp. 132-164.

abandonado hasta abandonar, hasta tener que abandonar la vida (*animam linquere, vitam linquere*). Hasta la muerte.

¿Cuánto mide el páramo del abandono? ¿Cómo hay que medirlo? Sabemos que mide continentes. Y sabemos que no sólo se mide en superficie; que hay que medirlo en profundidad. También aquí, entre nosotros. Y sabemos, tú y yo, que del páramo del abandono tienen que salir –se trata de *éxito*- todas las variedades de la falta, todas las especies de la delincuencia y todos los géneros del delito. Porque el abandono es el delito, la omisión es el comportamiento delincuente.

Habría que pasar revista –siquiera rápida- a tantos procesos de colonización, descolonización y recolonización, a tantos procesos de expropiación y expolio, a tantas aventuras que han contribuido a promover la inmensa, la inconmensurable geografía del abandono. Habría, y aunque tenemos tiempo, aunque tenemos medios (*póros*), no tenemos ganas. Pero el abandono es el dato, no omitible. Abandono económico, social, político y ecológico de contingentes humanos, de nuevo, inmensos, inmedibles, imponderables. Abandono hasta la muerte. Podría ser el comienzo, hasta el fin, de un discurso demagógico: si no fuera un dato. También aquí, entre nosotros.

Y de *linquere, relinquere*: no sólo ser abandonado, no sólo ser omitido. Ser dejado atrás, rezagado de todos los procesos y de todos los progresos. Parado, varado, atrapado. Como un resto o residuo, como una *reliquia* de otra edad, hábil, quizá, para varias invocaciones, diversos sortilegios e inciertas supersticiones. A veces, aquí, entre nosotros, se promocionan los *relicarios*: se venden al menudeo y despiertan el interés de lo ex-. De lo exótico, se dice. La mayoría de las ocasiones, aquí, entre nosotros, entre tú y yo, el resto, el residuo se alza o se inclina incómodo, resistente, recalcitrante.

Y de *linquere, delinquere*. Justamente. O, más que justamente, precisamente. Del abandono la falta: faltar, no haber, no tener, echar en falta...hacer falta, en todos los sentidos posibles de esa expresión equívoca. Inmenso territorio, también, el de la falta. Inmenso, desmesurado territorio el de la *delincuencia*, el del *delito*. También el de la *deficiencia*, del que está próximo: ya que *deficere* y *delinquere* aluden, *more antiquo*, a lo mismo, al yermo de la falta. Lo que nos faltaba.

Y ¿cómo calibrar –con qué medida, con qué criterio, con qué moral, con qué matemática o con qué sarcasmo- lo que falta y lo que hace falta, lo que está en falta y lo que se echa en falta. *Delincuencia, delito*.

Allí, por el abandono; aquí, entre nosotros, porque está en falta, porque le hace falta todo, porque *nos hace falta*, el, otro, habita, entre tú y yo, el solar del delito: es, de entrada, delincuente. De entrada: desde que entró aquí, o desde que salió de allí. Desde su *éxito*. Lo es independientemente de lo que haya hecho, de lo que vaya a hacer. Lo es por la falta que contrae y que conlleva, por su falta constitutiva. Todo es falta en él, otro. Todo es falta en en su entorno. Y los discursos que construye la *heterología*, aquí, entre nosotros, subrayarán, una y otra vez, de diversos modos, esa falta: la inscribirán en su cuerpo: *cuerpo del delito*. “Algo le falta, mucho le hace falta, algunos nos hacen falta, muchos no nos hacen ninguna falta, algunos (otros) nos hacen faltas, otros faltan por faltar, ya no nos hacen ninguna falta y sin embargo nos siguen faltando”. Y aquí, entre nosotros, va a pasar algo, ¡faltaría más!

Fascinante y terrible *heterología* de la falta. Fascinante y terrible discurso de la *delincuencia* marcado sobre el cuerpo del delito. Que da lugar y tiempo a todos los procesos y a todos los excesos públicos y privados, a las “reacciones espontáneas” más atroces y a los decretos más feroces con apariencia de ley. Porque el discurso de la falta se amalgama –no podía ser de otro modo- con la lógica de la necesidad- y él, otro, cuerpo del delito, queda atrapado, desde siempre (desde el abandono, desde el *fracaso*, desde el *éxito*) en su condición aporética.

El, otro, está cercado por la necesidad como está acorralado por la falta. Es tan necesitado como necesario, *hace falta(s)*. Enorme capacidad la suya, aquí, entre nosotros. Enorme versatilidad también, que permite que el, otro, cuerpo del delito y mercancía al cabo, pase de un lado al otro de la necesidad, de un lado al otro de la falta, según las circunstancias, según los tiempos y los modos.

Acaso descubra el, otro, cuerpo del delito y mercancía al cabo, lo que nosotros ya sabemos, aquí, entre tú y yo: que la marca de la necesidad es la de la máxima contingencia, la de la mera deficiencia o el defecto, la de la pura delincuencia. *Si es necesario, si hace falta, pasará; si es necesario, si hace falta, no pasará. No hace falta demostrarlo.*

Nosotros, la grulla, el, otro

Pero es que nosotros, faltaría más, *siempre hemos faltado, nunca hemos faltado*. Pero nuestra delincuencia sin delito –*pantoporía*– es de otra índole. A nosotros, que siempre hemos sido -sucesiva o simultáneamente- helenos, cristianos, humanos, siempre se nos ha echado en falta. Pero *nunca hemos hecho falta*. ¿Qué digo? *Nunca hemos cometido falta*. Nosotros *no podemos faltar*.

Es complicada la cuestión de la falta. Es complicada, y comprometida, la cuestión de la delincuencia, y la del delito. Y *no hace falta* complicarlas más. Nosotros nos entendemos. Nosotros, entre tú y yo, *entre nosotros*, sabemos. El, otro, no sabe. *Ni falta* que hace.

El, otro es un *negado*. Negado, entre nosotros, entre tú y yo, por ser él, por ser otro. Negado. Ni afirmado ni confirmado como tú o como yo, como nosotros. Porque *el, otro*, es una categoría (o dos) de negación. Si son partículas –leves– de conocimiento o de reconocimiento, de afirmación y de confirmación, lo son para conocernos, reconocernos, afirmarnos y confirmarnos a y en *nosotros mismos (siempre los mismos)*. Él, otro, es resto o residuo de la operación, de nuestra operación. Y es así porque afirmamos (y negamos) nosotros: que somos los únicos que tenemos la capacidad de afirmar y confirmar. El, otro, no habla. *Álogos, barbaros, áporos*.

En un trabajo notable, estudia Reinhart Koselleck algo que él, que es de los nuestros, uno de los nuestros, denomina “conceptos contrarios asimétricos”²⁰. Que son una estructura de simultánea afirmación y negación: afirmación de lo propio, negación del/lo ajeno. Es decir, simétricas serían aquellas designaciones o calificaciones de alguien en y con las cuales ese alguien se sentiría, no sólo señalado, sino también reconocido. Asimétricas serían aquellas “desigualmente contrarias y que sólo se aplican unilateralmente”²¹. La historia, lo sabemos nosotros, tú y yo, pero lo escribe Koselleck, “posee numerosos conceptos contrarios que se aplican para excluir un reconocimiento mutuo. Del concepto de sí mismo se deriva una determinación ajena que para el que queda determinado puede equivaler literalmente a una privación, fácticamente a un despojo.”²². Otra característica de tal estructura conceptual, muy usada pero quizá poco estudiada, señala el historiador e historiógrafo alemán: la ambición de universalidad de las parejas de conceptos que forman la estructura, que pretenden abarcar, y lo consiguen, al conjunto de todos los hombres, mujeres y niños/as.

El artículo en cuestión estudia, con cierta demora, tres de esas parejas de “conceptos contrarios asimétricos” (nosotros –Platón, la grulla, tú y yo– sabemos que hay otra, básica, que precede y hace posibles, lógicamente, a esas tres): helenos-bárbaros, cristianos-paganos, humanos-inhumanos (o no-humanos, o infrahumanos). Justo, *no hace falta* decirlo, lo que nosotros hemos sido siempre, de un lado; justo, *no hace falta* decirlo, lo que el, otro, siempre ha sido, de otro lado.

²⁰ Reinhart Koselleck: “Sobre la semántica histórico-política de los conceptos contrarios asimétricos”, en: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993, pp. 205-250.

²¹ Op. cit. p. 205.

²² Op. cit. p. 206 s.

No es preciso revisar aquí la revisión de Koselleck. Las estrategias en las que se basa la división, la discriminación, la discriminalización o la discriminacionalización en cada uno de los casos. Los detalles, mayores o menores, que continúan vigentes, o que se reactivan una y otra vez, y que se derivan -a través de mediaciones, complicadas sin duda, de aquellas estrategias.

No es preciso. Y, aunque lo fuera, *ni hace falta ni se echa en falta*. Entre nosotros estamos seguros de nuestras herencias, nos afirmamos y nos confirmamos en ellas. Y estamos seguros de sus carencias. Las de él, otro. Que tiene algo de bárbaro, mucho de pagano y algo, quizá, de inhumano. Sospechamos en el, otro, en el que se ha cobijado entre nosotros y es, por ello, nuestro huésped (*xénos*), sospechamos, aunque no lo digamos en voz alta, la insidia del enemigo (*xénos*). Por defecto. O por delito.

Una intensa investigación ha dedicado Benveniste –entre otros, o, más bien, entre nosotros- a esa palabra *xénos* y a la pluralidad de sus usos y significados²³, como al par latino *hostis / hospes*, en el que se observa una oscilación y una inquietud semejantes a las que se perciben en *xenía* griega con particularidades que no es posible reproducir aquí.

Por defecto, decimos, para nosotros o entre nosotros; tal vez por supuesto para el griego, el, otro, el extranjero (*xénos*) es un enemigo potencial. Un enemigo del que hay que protegerse, seguramente, de todas las formas imaginables; una de las cuales, y quizá de las más eficaces, es convertirlo en huésped (*xénos*) a través de un pacto o contrato que implica dones y contradones, cargas mutuas, y que incumbe a la posteridad, a la descendencia.

Ideal de una institución de hospitalidad, o institución de hospitalidad ideal (ya que no siempre fue real) que comienza, sin embargo, con la sospecha de la hostilidad. Tal vez siempre presente.

¿Es la hospitalidad una hostilidad diferente? ¿Es la hospitalidad una hostilidad diferida? ¿Y cuál es la clave de la difer(i)encia entre *xénos* y *xénos*? ¿O precisamente la *diferencia* es la clave? La diferencia, siempre diferida.

Y en cualquier caso, el extranjero –el heleno y mucho menos el bárbaro- a menudo no fue hospedado, ni hospitalizado. *Falta hacía* mantenerlo a distancia, vigilarlo, castigarlo incluso²⁴. U hostigarlo. Propulsarlo y expulsarlo en guerras de las que Atenas algo sabe. O cobijarlo, según su condición, *con justicia*. De distintas formas, porque, entre nosotros, también hay otros de los otros, justamente. “Justo es –dice Aristóteles que dicen los poetas- que los griegos manden a los bárbaros, como si por naturaleza fuera lo mismo bárbaro y esclavo”²⁵. Y, como dice Platón, tal vez con sarcasmo más que con ironía, contra los helenos se lucha hasta la victoria, contra los bárbaros hasta el exterminio.

El mismo Platón –u otro- sabe que a la base de la discriminación, de la discriminalización, se halla la mala división, la mala dialéctica. Esa cuya eficacia política mostró Koselleck en su texto. Y que dista de estar agotada. Porque, entre nosotros, tú y yo sabemos que siempre habrá otro, el (*por mucho que lo apartamos, él vuelve*): bárbaro, pagano, acaso inhumano.

Tendríamos que leer detenidamente –pero ¿*hace falta?*- *El político*, de Platón²⁶, ese diálogo incómodo, políticamente incorrecto. Ese texto, a partir de 262c se dedica a desmontar la mala dialéctica, la mala división que funda la discriminación. Y en un tema tan espinoso, tan griego, tan bárbaro, tan nuestro, como es el de la alteridad, el de la extranjería. Primero *nosotros* nos dotamos de una unidad y nos aislamos del resto (es decir, segregamos un resto, o residuo) en una operación que no tiene mayor –ni menor- justificación lógica; luego, *nosotros*,

²³ Émile Benveniste: *Le vocabulaire des institutions indo-européennes 1.*, Minuit, Paris, 1969 (2003), pp. 87 ss.

²⁴ Véase al respecto Nicole Loraux: *Nacido de la tierra. Mito y política en Atenas*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2007, pp. 75 ss.

²⁵ Aristóteles, *Política* 1252 b. Lo que no nos dicen los poetas, ni Aristóteles, a nosotros, casi griegos, es a dónde hemos de mandar a los bárbaros; o casi bárbaros.

²⁶ También *El Sofista*, *La República*, *Las Leyes*...Pero, entre nosotros, sería mucho leer. Y no hace falta. Ni se echa en falta. Nada.

nosotros mismos, siempre los mismos, congregamos al resto o residuo e, independientemente de sus diferencias, lo unificamos y sometemos a un nombre: bárbaro. O pagano, o inmigrante, o....

Ya lo dijo la grulla, dice Platón (*Político* 263c). La grulla, parece ser, oficia de paradigma del nosotros, de emblema del nosotros. Su único gesto lógico, racional, habría consistido en separarse del resto de los animales. Es decir, habría consistido en producir la división, la mala división, entre la grulla y el resto, entre nosotros y el resto. Y es que, entre nosotros, quien con suficiencia de grulla dice nosotros, dice y hace resto, residuo, el, otro.

Y nosotros no hemos cesado de decir nosotros. De afirmarlo con suficiencia de grulla. De afirmar una diferencia que niega, que dice y hace resto, residuo. La mala división, la mala diferencia, la mala dialéctica. Sintagma en el que el triple “mala” tiene un sentido lógico *antes* que un sentido moral y político. O sintagma en el que el absurdo lógico de una grulla dice algo del uso moral y político que entre nosotros, entre tú y yo, se hace de las malas divisiones, de las discriminaciones, las discriminalizaciones, las discriminacionalizaciones.

Nosotros, sin embargo, no dudamos. Nos afirmamos, nos confirmamos. Con una grulla y con nosotros, entre nosotros, contra él, otro: bárbaro, pagano....

Alteración, inquietud

Y ¿cómo no vamos a afirmarnos ahora que el, otro llega en oleadas continuas, incontenible, de forma incesante, ahora que *amenaza* nuestra estabilidad? ¿cómo no vamos a confirmarnos –en nuestras costumbres, en nuestra moral y en nuestros valores, en lo verdaderamente nuestro- ahora que el, otro, nos *invade*? El, otro, que *llega*, que no es de aquí, *amenaza, invade*. ¿A qué llega? ¿Y a qué puede llegar? Todo lo altera, todo lo remueve. Remoto él, otro. Provoca inquietud.

Parece que la alteración inicial produce una alteración generalizada que va adherida a la alteridad. La alteración inicial, la relacionada con el *fracaso*, la impulsora del *éxito*. Desde ese momento o movimiento de alteración, todo en adelante es movimiento, todo es inquietud; todo es, también, alteridad. Desde ese momento o movimiento de alteración, o desde el abandono, se impone el *éxito*, como se impondrá la alteridad –marca de asimetría radical-, y la inquietud: la condición errante, sin duda, pero también la inquietud que con motivo siente el, otro, la que percibe a su alrededor.

El que llega o viene, *épelus* en griego, es, obviamente, el, otro, el extranjero, el que no es de aquí y, por ello, no es como nosotros, no es de los nuestros. Inquietud, pues. ¿A qué viene? ¿a qué llega? ¿a qué quiere llegar? *Épelus* es el, otro, que, de entrada, llega o viene tarde. Es el intruso, el entro-metido. Metido entre nosotros: acaso a la fuerza, aunque sea la fuerza de la necesidad, de la falta. Ya lo sabemos: delincuencia, delito. Y, virtual o real, *épelus* es *polemios*: enemigo. En numerosos sintagmas ambas palabras aparecen juntas, se dan la mano. Nos lo dicen, nos lo muestran, a nosotros, Tucídides y Herodoto, y Esquilo..., y tantos otros. Venidos y enemigos, llegados y enemigos, ¿llegados para ser enemigos? ¿por ser enemigos..? No lo sabemos. Ni falta que hace. Llegados y enemigos. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Nosotros lo hemos sospechado, lo hemos sabido siempre; enemigos, aun antes de llegar; y más después. Lo que nos faltaba.

Ahora él, otro, está aquí, entre nosotros. Ha llegado. Y aún no sabemos, entre tú y yo, a qué quiere llegar. Pero ha llegado.

Nosotros, entre tú y yo, no somos tan griegos. Y estamos dispuestos a conceder –siempre con-cedemos- que el, otro, no es *tan* bárbaro. *Tan* enemigo. Siempre adversario y siempre adverso (y aun perverso), siempre *inimicus*, pero ¿*hostis*? No ...siempre. La

polemización totalitaria, la politización totalitaria, de Carl Schmitt no nos convence siempre, aquí, entre nosotros²⁷.

Pero el, otro, ha llegado. Y, entre nosotros, no sabemos a qué quiere llegar. Y no sabemos a qué puede llegar entre nosotros. Mantenerlo en permanente vigilancia, y siempre bajo sospecha ha de ser su condición, aunque el, otro, crea que es un castigo. Y su condición de llegado, o de llegante, su condición de venido o de viniente, de sobreviviente o de sobrevenido es la marca de su difer(i)encia, aquí, entre nosotros. Es cierto que ha llegado. Y no sabemos a qué quiere llegar. Sospechamos –entre tú y yo, entre nosotros, siempre se trata se sospecha- que no puede llegas a ser, que no puede llegar a estar entre nosotros. Puede llegar...a llegar. A andar por estos pagos: pagano al cabo; a acampar cabe nosotros, en esos campos –*agri*os- que le están reservados y que recuerdan su condición silvestre. Puede llegar a andar, a vagar: vagante y extra-vagante, vacante cuando la situación lo solicita o lo exige. De nuevo la in-quietud, siempre la inquietud. La que comenzó con el abandono, con el *fracaso*, con el *éxito*. In-quietud permanente. Movimiento perpetuo. *In-firmitas* constitutiva que se contrae y se con-lleva. Que mueve y que, acaso no con-mueve.

Ha llegado. Y esa es su condición: *épelus*. Tal vez no enemigo. Tal vez. Pero sí inquietud móvil, *infirmitas* errante. Que permanece(rá) atada, encadenada a la movilidad, a la errancia o vagancia, a la extra-vagancia, a la vacancia. Y a la extrema vulnerabilidad que todo ello implica. Como permanecerá arraigada sólo en el abandono y en la falta, en el delito. Siempre a un paso del fracaso, siempre a un paso del *éxito*. Con toda la *excepcionalidad* que todo ello implica. Y permanecerá in-quieto, más (que) in-quieto, en la inmovilidad de los asilos forzosos –centros, o periferias, de detención y retención- de esos que anticipan o preparan el *éxito*, inmediato o diferido. Diferido, pero no diferente: *EXIT*.

Ha llegado. Entre nosotros, entre tú y yo, ha venido, él, otro. No sabemos a qué quiere llegar. Sabemos qué llega a ser, *exceptio*. Sabemos qué llega a ser: lo que siempre ha sido: él, otro, in-quietud, *éxito*, *fracaso*, *delito*, *áporos*. El, otro. Entre nosotros.

Exturbati, ejecti

Santa (im)paciencia la nuestra. Casi paradigmática. Como la del santo Job que, no sólo dejado de la mano de Dios, sino al menos aparentemente perseguido por su saña, por su cólera o su ira, lanza la vista atrás con justificada nostalgia. Y, se admita o no, con un ápice de reproche, de legítima réplica vindicatoria.

El santo atormentado recuerda (*Job*, 29) otros tiempos, mejores, en los que, Dios mediante, todo estaba en su sitio; y todos estaban en su lugar. Tú y yo, entre nosotros, también recordamos un poco esos tiempos. Sobre todo porque al ser aborígenes, tú y yo, de un país que ha permanecido “anómalo por la Gracia de Dios”, todo persistió tenazmente en su sitio, mucho tiempo, y todos en su lugar, y el, otro, en su lugar...de origen. O en cualquier otro destino. Pero no entre nosotros. ¡Qué desatino!

Pero ahora, como en otras tantas ocasiones, en otros tantos lugares, “*the time is out of joint*”: lo dijo Hamlet y lo escribió Shakespeare (o viceversa) para todos y para siempre. Todo está fuera de quicio o desquiciado. Y aquí, entre nosotros, el, otro, ellos, otros, como en todo el mundo *nos* imponen su necesidad, aunque sólo puedan imponernos eso, su *necesidad*; o nos imponen su *falta*, su *delito*, su *abandono*. Y es sólo un juego de palabras, del que seguramente se aprovechan –no nos dejemos engañar, nosotros- cuando alguien dice que *su* necesidad, su falta, su delito, o su abandono responden a nuestra necesidad, nuestra falta, nuestro delito, o nuestro abandono: lo que nos faltaba. Hasta ahí podíamos llegar, hasta ahí podían llegar:

²⁷ Véase Carl Schmitt: *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 1991.

*gente vil y sin nombre, expulsada de su tierra a latigazos*²⁸. Antes estaban en su lugar, o al menos en su sitio. Ahora ese *pueblo* o *gente*, esa *ralea*, que no tiene unidad de origen ni de destino, cuya única unidad es la de ser hijos de la abyección o de la eyección, del *éxito*, de la expulsión violenta, cuya única unidad es la de haber sido arrancados, desarraigados, hechos salir por la fuerza (*exturbati*), ese pueblo es el, otro, entre nosotros. Y nosotros, entre tú y yo, sabemos que ese pueblo-no-pueblo, ralea o gente, ese pueblo-no-pueblo del exilio o del éxodo sin promesa, sin Dios que lo ampare y sin que lo ampare ni dios, ese pueblo-no-pueblo del *éxito*, seguirá, quizá para siempre, marcado, como Caín, por su condición y por su origen, el éxito forzoso: *exturbatus, ejectus*.

*“De medio eiciebantur, clamabant contra eos tamquam fures” Job 30, 5*²⁹. Expulsados de la sociedad o de los hombres y perseguidos como ladrones, encontrados siempre en falta, en delito, delincuentes. Pero no en tiempo pasado. Si Dios quiere, todo(s) volverá(n) a su sitio. Y todo(s) a su lugar. Y, si no todos, algunos, muchos, según necesidad: *kata to chreón*.

Se irán los necesarios, es decir, los no necesarios; los que no hagan falta, los que hagan faltas, los que haga falta, los que faltan: los delincuentes, cuerpos del delito. Bueno, dejémoslo(s). En cualquier caso la gente sin nombre, la ralea de la eyección, seguirá siendo el pueblo-no-pueblo del *éxito*.

“¿De qué me habrían servido sus brazos /si era gente sin vigor / extenuada por el hambre y la miseria. /Roían las raíces de la estepa /en tierra tenebrosa y desolada; / recogían hierbas amargas entre el matorral,/y se alimentaban con raíces de retama./ Eran expulsados de la sociedad, / ahuyentados a gritos como ladrones; / vivían en abruptos barrancos, / en las grietas del suelo y de las peñas. / Rebusnaban entre los matorrales, /se acurrucaban entre los espinos”. (*Job 30, 2-7*). Condición de abandono ya en el *éxito*, en la eyección. En la que la única pregunta –la de Job, la nuestra- es ¿de qué nos sirve la fuerza de sus brazos?.

Aquí, entre nosotros, nos lo preguntamos en muchas ocasiones. Sobre todo en algunas en las que su necesidad no nos hace falta; y su falta no nos es necesaria. El pueblo-no-pueblo no es el pueblo elegido. No lo ha elegido nadie. Nadie entre nosotros. No lo ha elegido ni dios. Cierto es que, entre nosotros, pretendemos distinguir, discriminar. No como la grulla. También entre la ralea hay clases. Y algunas clases valen más, algunas clases sirven mejor.

El resto, porque se trata de resto, de residuo, tendrá que aprender que su condición es llevar y sobre-llevar, traer y con-traer, y sobre todo, que su condición es el *éxito*. Para que lo comprenda siempre estarán prestos el abandono y el fracaso, el delito, la falta, la necesidad Y estaremos nosotros, los mismos, siempre los mismos. Porque nosotros *no faltamos*; nosotros *no podemos faltar*. Lo aprenderá, lo comprenderá. Si no, aquí va a pasar algo.

“Fili stultorum et ignobilium...”

Epi-lógos

“-Extranjero: Y, mi excelente amigo, intentar separar el todo del todo (pán apo pantós) es cosa no sólo discordante sino propia de quien desconoce las musas y la filosofía.

-Teeteto: ¿Por qué?

*-Extranjero: La aniquilación más perfecta de toda argumentación es separar cada cosa de todas las demás, ya que la razón nos resulta de la trabazón de las figuras mutuamente”.*³⁰

²⁸ *Job 30, 8* (Trad. La casa de la Biblia); “Hijos de abyección, sí, ralea sin nombre, echados a latigazos del país” (Trad. Biblia de Jerusalem); “*fili stultorum et ignobilium et de terra penitus exturbati*”. (Vulgata).

²⁹ “Eran expulsados de la sociedad, ahuyentados a gritos como ladrones” (Trad. Casa de la Biblia); “De entre los hombres estaban expulsados, tras ellos se gritaba como tras un ladrón.” (Trad. Biblia de Jerusalem)

³⁰ Platón, *Sofista* 259 d